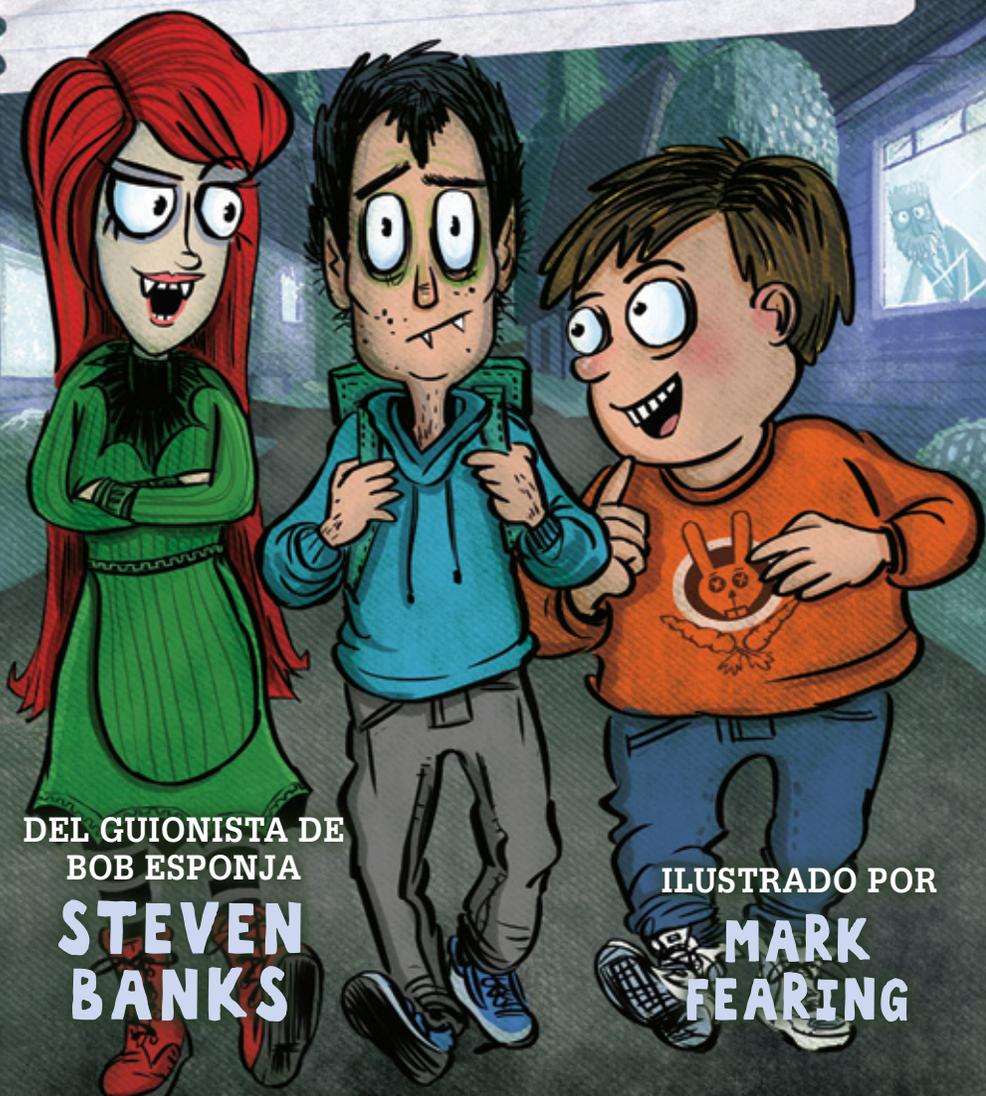


# MORDISCOS MONSTRUOSOS

## TOM ALZA EL VUELO



DEL GUIONISTA DE  
BOB ESPONJA

**STEVEN  
BANKS**

ILUSTRADO POR

**MARK  
FEARING**

**MORDISCOS  
MONSTRUOSOS**  
**TOM ALZA EL VUELO**

# MORDISCOS MONSTRUOSOS

## TOM ALZA EL VUELO

Steven Banks

ILUSTRADO POR Mark Fearing

TRADUCCIÓN DE Ana Belén Fletes Valera

ANAYA

Título original: *Middle School Bites. Tom Bites Back*

1.ª edición: octubre de 2021

© Del texto: Steven Banks, 2020

© De las ilustraciones: Mark Fearing, 2020

© De la traducción: Ana Belén Fletes Valera, 2021

Publicado por acuerdo con Holiday House Publishing, Inc.,

50 Broad Street, New York, NY 10004, USA.

Derechos de traducción gestionados por

Sandra Bruna, Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados.

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN: 978-84-698-8930-5

Depósito legal: M-23393-2021

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

A mis hijos, James y Spencer,  
que saben lo importante que es  
la familia, los amigos y  
un buen disfraz de Halloween,  
y que me han hecho  
inmensamente feliz.



# 1.

## El murciélagu que habló



**E**l murciélagu del alféizar me miró y dijo:  
—¿Hola?

No me sorprendió que un murciélagu se pusiera a hablar conmigo. Me habían pasado un montón de cosas locas esa semana.

1. El día antes de empezar la secundaria me mordió un murciélagu vampiro. (Yo estaba dormido, y pensé que había sido una araña).



2. Luego me mordió un hombre lobo. (Yo iba corriendo, y pensé que solo era un perrazo enorme).

3. Después me mordió un zombi. (Eso fue cuando entré en una barraca de feria vieja en una gasolinera siniestra, y pensé que era un muñeco).

4. Me convertí en un vampizomlobo.

5. Se lo conté a mi mejor amigo, Zeke, y descubrimos que tengo superoído, visión nocturna y fuerza y velocidad flipantes. Pero no sé convertirme en murciélago y volar. Me parece superinjusto.

6. He descubierto que viviré para siempre, a menos que el sol me abraze o que me claven una estaca de madera en el corazón o que me disparen una bala de plata o que alguien me corte la cabeza. (Supongo que todo el mundo se muere si le cortan la cabeza).

7. Emma, la Peor Hermana del Mundo, descubrió que era un vampizomlobo cuando me pilló bebiéndome la sangre escurrida de un filete crudo. Y se lo dijo a nuestros padres.

8. Mis padres decidieron que tenía que decírselo a todo el mundo en una reunión especial en el instituto, en la que el director anunció que todos tenían que tratarme como un chico normal.

9. Me expulsaron de clase durante un día porque amenacé con arrancarle la garganta a un compañero. (Lo dije solo para asustarlo y que no le diera una paliza a ese chico que se llama Abel Sherrill).



Después de la Peor Primera Semana de Educación Secundaria del Mundo, mi familia y yo fuimos a pasar el fin de semana en casa de la abuela, en el bosque, donde me dieron los tres mordiscos.

La noche de nuestra llegada cenamos costillas a la barbacoa. Tengo que comer mucho porque un tercio de mí es zombi. Los zombis no tienen hambre las veinticuatro horas del día como en la tele, pero, cuando te entra el hambre, es hambre de VERDAD.

Había luna llena aquella noche, así que me convertí en hombre lobo. La abuela no me había visto hacerlo todavía. Pensó que era un buen ejemplar de hombre lobo; le encantan las películas

de miedo antiguas y solemos verlas juntos cuando voy a visitarla. Pero, aquella noche, Emma eligió una chorrada de comedia romántica muy aburrida. Cuando terminó, subí a mi habitación a acostarme y entonces fue cuando apareció el murciélago en el alféizar de la ventana.

Estaba allí posado como si tal cosa, mirándome fijamente.

—Hola —repitió más alto—. *Hello... Bonjour... Guten Nacht... Ciao... Marhaba... Ohayo... Namasté...*

Por su voz, parecía una murciélaga.

—Hola... —respondí yo.

—Vaya, vaya, esto sí que es un golpe de suerte —dijo el murciélago—. Sabes hablar. Esto promete ser una conversación de lo más interesante.

Hablaba como Abel Sherrill, el Segundo Chaval Más Raro del Instituto. (Yo soy el primero). Va a clase todos los días con traje y maletín. Compartimos la taquilla. Al principio me cabreó, pero ahora ya no me importa tanto.

—¿Tú... Tú me mordiste la semana pasada? —pregunté.

—Sí, así es.

Me entraron ganas de aplastarla. Si aquella estúpida murciélaga no me hubiera mordido, ahora no sería un vampiro. O un tercio vampiro. Pero también quería preguntarle un millón de cosas, por eso no la aplasté.

La murciélaga me miró de arriba abajo.

—Desconocía que fueras hombre lobo. Desde luego, no me supiste a hombre lobo.

Se me había olvidado que me había transformado en hombre lobo. Supongo que estaba empezando a acostumbrarme al pelo.

—El hombre lobo me mordió después de ti —respondí—. ¿Y por qué tuviste que mordirme?

—¿Eres un zopenco o qué?

Yo no sabía lo que era un zopenco, pero no parecía un cumplido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Soy una vampira. Es lo que hacemos. Pasaba volando por aquí y necesitaba sangre. Por desgracia, la ventana de la anciana estaba cerrada...

—Es mi abuela, esta es su casa.

—... y la tuya estaba abierta.

—¿Por qué tuviste que convertirme en vampiro?

—Te aseguro, muchacho, que no era mi intención. Fue un accidente.

—¿Cómo puedes convertir a una persona en vampiro por accidente?

—Te mordí y me disponía a beber, y quiero que quede bien claro, esto no me ha pasado nunca, pero te moviste para tratar de espantarme y me mordí el labio. Una gota de mi sangre cayó en la mordedura que te había hecho en el cuello. Una vez que la sangre de un vampiro se mezcla con la de un humano, este se convierte. Como fue tu caso.

—¿Soy un vampiro porque te mordiste el labio?!  
—Exacto. Y puedes considerarte afortunado. Si hubiera bebido toda tu sangre, ahora no estaríamos manteniendo esta conversación. —Miró por



encima de mí, hacia el fondo de la habitación—.  
¿Estás aquí solo?

—No. Estoy con mis padres, mi hermana y mi abuela...

De repente, se me ocurrió algo terrible. Aquella murciélaga quería chuparles la sangre a ellos también. En una décima de segundo, la agarré con una mano y la sujeté bien. Puedo moverme superrápido cuando quiero. Es una de las cosas buenas de ser parte vampiro y parte hombre lobo. Los zombis son más lentos que una tortuga. Ser un zombi no tiene nada bueno.

La murciélaga se retorció y trataba de soltarse.

—¡Suéltame ahora mismo!

—¡No vas a morder a nadie en esta casa!

—¡Que me sueltes!

—No hasta que me digas que no morderás a nadie.

Apreté un poco más para demostrarle que hablaba en serio. No quería que convirtiera en vampiros por accidente a mi madre, mi padre, la abuela, Emma o a nuestro perro, Muffin. ¿Hay perros vampiro?

—Muy bien —contestó—. No morderé a nadie.



—¡No! ¡Tienes que decir: «Lo juro por la sangre»! —insistí yo, acercándomela a unos centímetros de la cara.

Ella me miró con indignación.

—Juro por la sangre que no morderé a nadie de esta casa. ¡Y ahora bájame, mentecato!

Mentecato no sonaba bien tampoco.

La dejé sobre el alféizar otra vez. Ahora sabía que podía confiar en ella. La semana anterior Zeke me había contado que, si un vampiro hace un juramento de sangre, este es vinculante. Y que si incumplían su promesa, se fundían o se desintegraban o ardían en llamas o algo así.

—Tengo mogollón de preguntas —dije.

—Responderé a unas cuantas y después me marcharé.

La murciélaga entró volando en la habitación, pasó zumbando justo al lado de mi oreja y se posó en mi almohada. No me hacía mucha gracia que estuviera en mi almohada. A ver, los murciélagos son como ratas con alas.

—Pero antes desearía hacerte yo una pregunta, muchacho —dijo—. ¿Cómo te has convertido en hombre lobo?

—Me mordió uno cuando iba corriendo —contesté mientras me sentaba en una silla—. Pero solo tengo un tercio de hombre lobo.

—¿Un tercio? Dime, te lo ruego, ¿cómo puede ser eso?

Le conté que me había mordido un zombi.

—¿También tienes una parte de zombi? —dijo ella abriendo mucho sus ojillos de murciélago.

—Sí. Soy un vampizomlobo.

La murciélaga asintió con la cabeza.

—Vampizomlobo... Muy ingenioso. Tengo cariño a los vampiros en general por naturaleza; tolero a los hombres lobo, pero los zombis son otro cantar. Son unos inútiles, unas máquinas de comer sin cerebro.

A nadie le caen bien los zombis. Salvo a otro zombi. A mi abuela le encantan las pelis de zombis, pero no es lo mismo.

El murciélago se acercó a mí caminando sobre la almohada, dejando unas huellas diminutas en la tela, y me miró.

—Absolutamente fascinante. En mis doscientos cuarenta y cuatro años de vida jamás me había tropezado con semejante criatura ni había oído hablar de ella.

—¿Nunca? Soy el único... ¡Espera! ¡¿Tienes doscientos cuarenta y cuatro años?!

¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!

Había alguien detrás de la puerta.

## 2.

# Llamar a la Casa Blanca



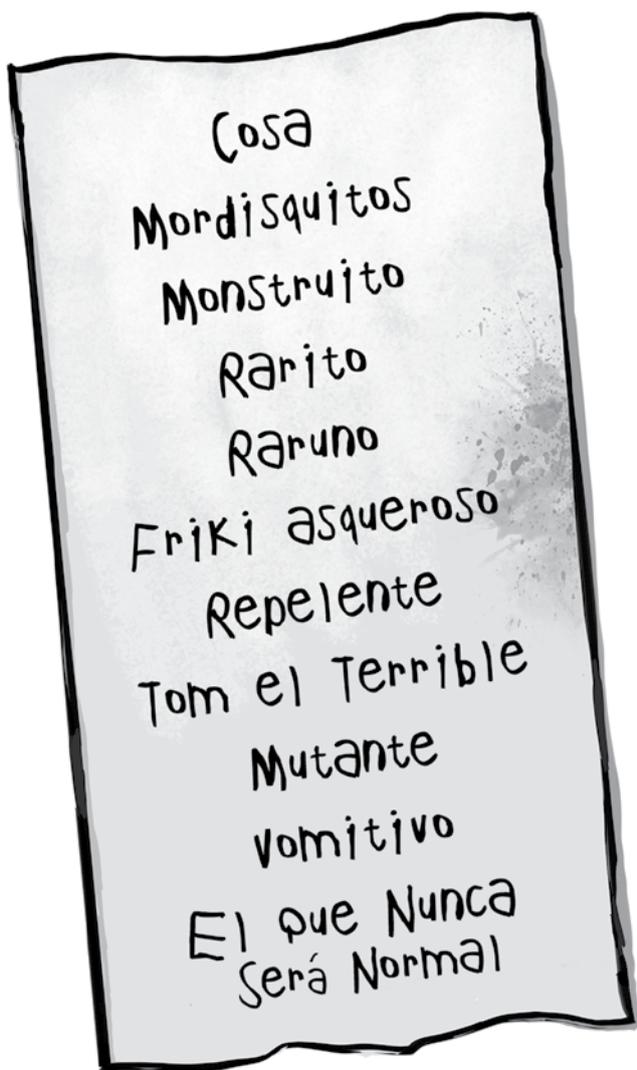
**E**ra mi hermana, Emma. Reconozco su forma de llamar. Siempre golpea con el puño con todas sus fuerzas.

El murciélago se escondió debajo de la almohada. Solo esperaba que no tuviera pulgas.

—¡Eh, tú, frikizoide! —gritó Emma.

«Frikizoide» era el último mote que se le había ocurrido a mi hermana. Desde que me había convertido en vampizomlobo me había llamado de muchas maneras.

Creo que estaba haciendo pruebas a ver cuál le gustaba más. Hasta el momento me había llamado:



—¿Con quién hablas? —gritó Emma desde fuera.

—¡Con Zeke! —respondí yo gritando también—. Lo he llamado para preguntarle por una cosa de los deberes de Historia.

Emma se pondría como una loca si supiera que la murciélaga que me había mordido estaba en mi habitación. Seguramente llamaría a la policía, al FBI y a los SWAT. Apuesto a que llamaría a la Casa Blanca.

—*Hola. Ha llamado usted a la Casa Blanca. ¿En qué puedo ayudarle?*

—*¡Soy Emma Marks! ¡El murciélago vampiro que mordió a mi hermano está en casa de mi abuela! ¡Envíen al ejército y a los marines! ¡Hay que declarar la guerra!*

—*Lo lamento, pero no podemos hacer eso. Solo el Congreso puede declarar una guerra.*

—*¿Lo dice en serio?!*

—*Sí. Tendría que haberlo aprendido en el colegio. ¿Qué nota sacó en el tema sobre el Gobierno?*

—*Seguro que me pusieron sobresaliente. ¡Tienen que deshacerse de ese murciélago!*

—*Voy a abrir su boletín de notas en el ordenador, un momento... Veo que le pusieron un suficiente.*

—*¿Van a ayudarme con este murciélago vampiro o no?*

—*¿Quiere que le pase con la Agencia Federal de Operaciones Especiales para Murciélagos Vampiro?*

—*¡Sí! ¡Quiero! ¡Ya era hora!*

—*Era una broma, señora Marks. No existe tal agencia.*

—*¡Eso NO tiene gracia!*

Me imaginaba a Emma haciendo justo eso.

—¿Me has cogido la pasta de dientes?! —gritó desde el pasillo.

—¡No!

—¡Sí que lo has hecho!

—¡No lo he hecho!

—¡Déjame entrar a comprobarlo!

Emma usa una pasta de dientes que se supone que le deja los dientes superblancos y superbrillantes. Se pasa el día sonriendo delante del espejo. Llevaba *brackets* hasta hace un año y no paró de quejarse ni un solo día. Supongo que igual me los ponen a mí también, ya que ahora tengo colmillos.

—¡No tengo tu estúpida pasta, Emma!

Emma hizo un ruido que se parecía al gruñido de un oso y se alejó dando pisotones por el pasillo. Eché el pestillo, me di la vuelta y me encontré con una chica que estaba mirándome.

### 3.

## La chica de los 244 años



**E**ra como en las pelis de terror, cuando una chica de aspecto raro sale por sorpresa de un pozo o aparece de repente en un espejo.

Parecía que tuviera trece o catorce años. Era delgada y un poco más alta que yo, con el pelo rojo y largo que le cubría toda la espalda, ojos verdes y la cara muy blanca y pálida. Llevaba puesto un vestido verde oscuro, como si fuera a una fiesta de Halloween o a un funeral.

—¿Y tú quién eres? —pregunté.

—Martha Livingston, de Filadelfia, Pensilvania.

Se levantó los lados del vestido con los dedos, bajó un poco la cabeza y me hizo una reverencia doblando levemente las rodillas. Yo no sabía qué

se suponía que tenía que hacer, así que me incliné también. ¿Tenía que aprender modales vampíricos? No sabía qué decir. Un momento antes estaba hablando con un murciélago y ahora el murciélago era una chica.

—¿Y cómo te llamas, muchacho? La costumbre dice que uno debe presentarse.



—Ah, sí. Soy Thomas Marks. —No sé por qué dije Thomas en vez de Tom—. ¿De verdad tienes doscientos cuarenta y cuatro años?

—Deja que te lo aclare: llevo en la Tierra todo ese tiempo. Tenía trece años cuando me convertí.

Tenía aspecto de chica, pero por su forma de hablar parecía adulta. Era más fácil hablar con una chica que con un murciélago.

No quería que mi madre, mi padre, la abuela o Emma nos oyeran hablar, así que encendí una radio antigua que tiene la abuela en mi habitación. Empezó a sonar música clásica con pianos y violines en la que los músicos tocaban todo el rato lo mismo.

Martha cerró los ojos y sonrió.

—El concierto para piano n.º 21 en do mayor de Mozart. Lo escuché en el Burgtheater de Viena en 1785.

No sabía de qué estaba hablando, así que asentí con la cabeza.

Entonces abrió los ojos y dijo:

—¿Quién era la mujer que chillaba al otro lado de la puerta?

—Mi hermana, Emma.

—Es una mujer impetuosa.

—Es un grano en el culo de tamaño gigante.

—¿Por qué conocías el juramento de sangre, Thomas?

—Me lo contó mi amigo Zeke.

—Debe de ser un hombre sabio y culto.

Zeke era más bien lo opuesto a un hombre sabio y culto, pero sabía un montón de cosas sobre monstruos. Le encantaría conocer a Martha.

—¿Es tu amigo del alma, fiel y honrado? —preguntó Martha.

—Lo es.

—Eres afortunado. Como dijo Benjamin Franklin: «Un amigo del alma es lo mejor que puede tener uno». ¿Tienes más amigos?

—Sí. Hay una chica que se llama Annie Barstow y un chico que se llama Abel Sherrill, nos conocemos desde hace poco.

—¿Sientes afecto por esa Annie Barstow? ¿Una novia tal vez?

¿Por qué la gente siempre pregunta eso cuando dices que tienes una amiga?

—No, es solo una amiga.

Martha se sentó en una vieja mecedora que había en un rincón y se puso las manos en el regazo.

—Ya que no me dejas que me alimente, este encuentro ha de ser breve. ¿Qué deseas preguntarme?



—¿Puedes enseñarme a convertirme en murciélago y volar?

—No, no puedo.

—¡Venga ya! ¡Tienes que enseñarme!

Ella levantó una ceja.

—¿Ah, sí? No me digas. ¿Y dónde dice exactamente que he de ser tu instructora vampírica personal?

—¡Tú tienes la culpa de que sea un vampiro! Y en el instituto todo el mundo me pregunta lo mismo: «¿Puedes convertirte en murciélago y volar?».

—Enseñar vuelo y transformación requiere tiempo, que es algo que no tengo esta noche. Ocupémonos de lo más importante. Ve a por pluma y papel para apuntar.

Cogí una hoja del cuaderno y un boli de la mochila y me senté en la mesa.

—Elige a tus víctimas con cuidado —dijo mientras se mecía—. Asegúrate de que estés solo cuando vayas a comer. Nada de lugares públicos. Las cuevas son excelentes; también los callejones oscuros, los edificios abandonados, un bosque, un parque solitario...

—Pero, espera, yo no...

—¡Shhh! No ataques. Intenta persuadir o atraer a la víctima. La vena yugular es el mejor sitio. Inmoviliza el cuello o la cabeza de la víctima. Atraviesa la piel con los colmillos. Suelen desmayarse,

así que conviene que estés atento para sujetarlos. Aliméntate deprisa, pero de forma eficiente. No seas cerdo. Para cuando te llenes.

—¡Ostras! ¡Yo no quiero beberle la sangre a nadie!

Martha dejó de mecerse.

—Por el amor de Dios, muchacho, si no te alimentas, morirás.

—Que no. Es asqueroso.

Martha negó con la cabeza y suspiró.

—Eres uno de esos, ¿no? Tan malo como ser vegetariano. ¿De dónde sacas la sangre?

—De la carne cruda.

Ella hizo una mueca de asco.

—Qué patético.

—Y también existe sangre sintética que se puede comprar.

—La probé una vez. Y no pienso volver a hacerlo. Está tan mala como la Coca-Cola Light. ¿Cada cuánto te alimentas?

—Cada tres o cuatro días. Supongo que no necesito tanta sangre como tú, porque solo tengo un tercio de vampiro.

Martha se levantó.

—Entonces, ¿para qué me molestó en darte esta valiosa información que tanto me ha costado reunir?

—Espera... —No quería preguntárselo, pero no me quedaba otra—. Esto..., cómo decirlo..., ¿matáis a las personas de verdad?

—No, yo no mato. Soy lo que se conoce como una vampira que captura y suelta.

—No he oído hablar de eso —contesté yo sin mucho convencimiento.

—Bueno, yo tampoco había oído hablar de los vampizomlobos, pero resulta que hay uno, ¿no es así? Yo solo chupo la sangre que necesito para calmar la sed. Dejo a la persona, o al animal, un poco mareado y débil, y con una pequeña cicatriz, pero se recuperan.

Se dirigió a la mesa y miró los deberes que tenía que hacer ese fin de semana. Era alucinante el montón que teníamos después de la primera semana de clase. Debería ser ilegal.

Martha cogió mi libro de Historia de EE. UU. En la cubierta había una ilustración de uno de los tíos que firmaron la Declaración de Independencia. Tenía que hacer una redacción sobre mi estadounidense favorito para el lunes. Aún no había empezado. Estaba tratando de averiguar cuál sería el personaje más fácil.

Miró el dibujo y negó con la cabeza.

—Este no se parece en nada al doctor Franklin —dijo, soltando el libro en la mesa.

—¿Cómo te convertiste en vampiro? —pregunté—. ¿Te mordió un murciélago?

Martha se sentó en el borde de la mesa.

—No. Me quedé huérfana cuando tenía trece años. Mi padre murió en la batalla de Concord en

1775 y mi madre un mes después, de sífilis. Una pareja me acogió y me puso a trabajar en la taberna City Tavern, en Filadelfia, sirviendo mesas. Una noche, cuando íbamos a cerrar, me di cuenta de que Benjamin Franklin se había dejado los anteojos en la mesa. Salí corriendo...

—¿Has dicho Benjamin Franklin?

—Sí.

—¡¿El tío que inventó las gafas y la electricidad?!

Ella puso los ojos en blanco.

—El doctor Franklin no inventó las gafas, sino las lentes bifocales. Y tampoco inventó la electricidad. Voló una cometa con una llave atada a una cuerda en medio de una tormenta para demostrar que el rayo era electricidad.

—¡¿De verdad conociste a Benjamin Franklin?!

—¡Sí! ¿Me permites que termine de relatar mi historia, por favor? El doctor Franklin caminaba con paso vigoroso y era bastante alto, así que tuve que correr como un demonio para alcanzarlo. Le grité, él se dio media vuelta y...

—¡¿Benjamin Franklin te mordió?! ¡Benjamin Franklin era un vampiro!

Me moría de ganas de contárselo a Zeke. Iba a flipar.

—¡No! —contestó ella.

Me echó la misma mirada asesina que me echaba Emma todo el rato.



—¡Deja de interrumpirme! Santo cielo, muchacho, estás poniendo a prueba mi paciencia. El doctor Franklin no era un vampiro.

Zeke se llevaría una decepción. Yo también me la había llevado.

—Le devolví los anteojos y, quitándose el sombrero, me dijo: «Muchas gracias, mi querida Martha. Haría bien en seguir mi propio consejo: la prisa es el mejor modo de perder el tiempo». Y me puso dos centavos en la mano.

—¿Dos centavos? ¿Solo?

—Ganaba diez a la semana. El doctor Franklin era muy generoso con las propinas. Tenía que volver deprisa a la taberna, pues sabía que mis patrones se enfadarían si veían que no estaba. Atajé por

un callejón, lo cual demostró ser un error garrafal. Un hombre alto, con la cara pálida, el pelo y la barba negros y un gabán largo de color rojo surgió de la oscuridad. Me agarró con brusquedad por el cuello. Yo grité pidiendo auxilio. El doctor Franklin llegó corriendo y trató de quitarme de encima al hombre con ayuda de su bastón, pero el hombre era fuerte. Agarró el bastón del doctor y le golpeó la cabeza con tanta fuerza que lo dejó inconsciente. Yo intenté gritar de nuevo, pero el hombre me tapó la boca con su mano fría y huesuda. Me metió a rastras en un sitio húmedo y oscuro que olía a pellejo de animal. Me mordió la garganta, empezó a beberme la sangre y... me convirtió.

—¿Quién era? —pregunté.

Ella inspiró profundamente y soltó el aire.

—Se llamaba Lovick Zabrecky. Formé parte de su prole durante un breve espacio de tiempo. Éramos cuatro. Aprendí sus costumbres, las normas de los merodeadores de la noche, y luego me marché. He pasado la mayor parte de mi vida sola, lo prefiero. Durante más de dos siglos me he mantenido fuera del alcance de los letales rayos del sol, evitando que me decapitaran o quemaran, escapado de numerosas muchedumbres enfurecidas y protegido mi corazón de las estacas de madera. He tenido varios sustos. Pero así la vida es interesante, ¿no?

En ese momento me acordé de una cosa.

—¡Eh! Tengo que hacer una redacción para la clase de Historia sobre mi estadounidense favorito. ¿Puedes contarme más cosas sobre Benjamin Franklin?

—No he venido para ayudarte a hacer los deberes, muchacho. ¿Qué más quieres preguntarme? Date prisa.

No era la vampira más paciente, que digamos. ¿Serían todos así?

—¿Cómo voy a aprender a convertirme en murciélago y volar si no me enseñas?

—Hay varios libros sobre el tema.

—¿Se pueden conseguir en internet?

—No —se burló ella—. Son libros raros, caros y bastante difíciles, aunque no imposibles, de conseguir. O puede que te tropieces con otro vampiro que te enseñe.

—¿Hay muchos vampiros por aquí?

—Muy pocos.

—¿Se parecen todos a ti? —Aquello no había sonado muy bien.

Martha se sintió ofendida.

—¡Por supuesto que no! No hay dos vampiros iguales, pasa lo mismo que con las personas. Diferente personalidad, diferentes orígenes y diferentes variedades. Los hay que pueden soportar un poco de sol, con protección. A mí, desafortunadamente, no puede rozarme siquiera. Ardería como una antorcha.

—Yo puedo estar al sol, pero con crema de protección solar, gafas de sol, gorra y ropa que me tape toda la piel.

—Eso confirma mis palabras, Thomas Marks. Algunos vampiros pueden convertirse en otras criaturas, otros no...

—Espera. ¿Quieres decir que a lo mejor no puedo convertirme en murciélago y volar?

—Exactamente.

Eso era lo único bueno de ser un vampiro. Si no podía volar, vaya caca.

—Los hay que pueden convertirse en bruma, niebla o humo —continuó Martha. Zeke no me había dicho nada de eso—. Lo que les permite desaparecer, escapar, observar a la gente y pasar desapercibidos. Colarse por sitios pequeños, como por debajo de una puerta o a través de la rendija de una ventana. Les permite ir casi a cualquier parte. Sin embargo, no es fácil aprender y puede resultar peligroso.

Toc, toc, toc.

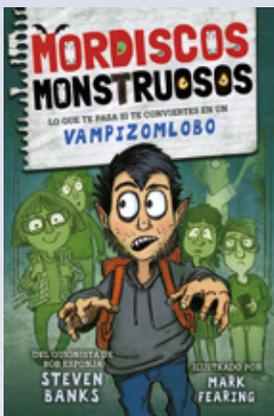
Esa no era la forma de llamar de Emma.



Justo el día antes de empezar el instituto, Tom recibió tres mordiscos que lo dejaron convertido en parte **vampiro**, parte **hombre lobo** y parte **zombi**. ¿Y sabes qué fue lo peor de todo? Que aun así tuvo que empezar el instituto, porque ni siquiera ser un vampizomlobo te libra de ir a clase.

Ahora tiene que aprender a **volar**, refrenarse para no **aullar** cuando practica con su grupo de música e investigar a su misterioso vecino científico. Y, sobre todo, tiene que controlarse para no **comerse** a Terrence, el ratón de su hermana. ¡Ser el único vampizomlobo del mundo no es nada fácil!

**¡No te pierdas el primer libro!**



«Un inicio vampresionante».

**Booklist**

«Aullarás de la risa».

**Kirkus Reviews**

«¡Trepidante! ¡Divertido!

¡Original!».

**Chris Grabenstein, autor de *Escapa de la biblioteca del Sr. Lemoncello***



1578737

ISBN 978-84-698-8930-5



9 788469 889305

**ANAYA**

www.anayainfantilyjuvenil.com